

EL PADRE LENIN

Padre nuestro, que estás en los cielos de nuestra gratitud! En el décimo año de la dichosa era que inició tu genio, llegan a tu sepulcro todos nuestros espíritus en interminable caravana, a expresaros su amor

Bien sabemos que nosotros, que tuvimos el alto honor de ser vuestros contemporáneos, no saborearemos plenamente los frutos sazonados de tu portentosa obra, pero también que nuestros hijos, y mejor, los hijos de nuestros hijos, que somos nosotros mismos revividos, gozarán lo que tu inmenso amor soñó.

La prueba de esto nos la ha dado Rusia, tu patria chica: allí las multitudes fueron martirizadas por seguirte, los enemigos del género humano, que naturalmente fueron los enemigos de tu obra, llevaron el fuego, el hambre y el hierro, te sitiaron y te negaron hasta la luz del sol. Cuando estaba tu pueblo en la mayor aflicción, próximo a morir, se presentaron con el mendrugo para ganarlo contra tí.

Ved, dijeron al mundo, el resultado de querer librarse de nuestra esclavitud.

Pero el mundo sabía muy bien que ese no era el resultado de tus doctrinas, ni de tu esfuerzo, sino de la inmensa maldad de tus perseguidores, y no los oyó, y los despreció.

Hoy ya es otra cosa, aunque lo contrario pregone el cable cable calumniador y la prensa criminal.

Los oprimidos de toda la tierra sabemos que hay un hecho suficientemente poderoso para acallar esa infame algarabía: diez años de lucha a muerte, en todos los campos de actividad, entre tu espíritu libertador, y la prepotente fuerza de tus enemigos de todo el mundo, diez años de lucha sin cuartel, feroz y espeluznante, y al cabo de ellos, tu espíritu cubre toda la faz del planeta, como el sol.

Verdad es que ellos están aun en pie, y que tienen incontables millones de pasos, innumerables máquinas de guerra sobre los mares, los continentes, y los aires, que sus ejércitos numerosos, aguerridos y formidables, parecen invencibles, pero aparte de que tus hijos también tienen de lo mismo, aunque en menores proporciones, valga la verdad, son más numerosos, más resueltos y más combativos. Ellos defienden el estado actual por las ventajas que les reportan, y por lo tanto, los guía el egoísmo, fuente de debilidad, tus hijos lo atacamos, no en provecho personal nuestro, sino guiados y fortalecidos por el más alto y sublime ideal que a mente humana vino jamás! Ellos defienden la bolsa, el mendrugo miserable, que imbécilmente creen amenazado. Tus hijos defendemos

el derecho de todo el género humano a vivir plenamente la vida.

Como tú lo sabes, Padre, nosotros nos hemos dado con nuestro espíritu y nuestro cuerpo a la tarea que tú señalas te, y vamos hacia esa meta impelidos por una fuerza irresistible, que creemos emana de nuestra alma.

Nada, ni nadie, podrá atajarnos, nada, ni nadie, podrá resistirnos!

Y es porque "la brújula nos guía en el mar, y Lenin en la tierra"!

7 de Noviembre de 1917

Hace hoy dos lustros que las coronas del zarismo ruso rodaron hechas guñapos por el suelo; y dos lustros ha-

ce también que la voz libertaria de Lenin llenó con su eco sonoro el cóncavo universal.

La sangre viscosa de los zares tiñó el suelo de San Petesburgo y el infinito reflejó el rojo de la hoguera que se prendió en la tierra donde la tiranía había levantado el más orgulloso de sus templos.

El grito sonoro de REVOLUCION llenó los ámbitos de la Rusia imperialista y los pergaminos de la nobleza hechos cenizas, señalaron la hora de la justicia eclipsando con su volumen el astro sol.

Desprendidas por el huracán revolucionario, caían de las chaquetas las medallas que en sus pechos llevaran los tiranos y los anchos galones de los militares moscovitas se convirtieron en sogas justicieras que decapitaron a los verdugos de la época.

Némesis vengadora, reencarrada en el pueblo oprimido y humi-

llado, blandió su espada sobre el cuerpo de la Duma y dejó exangües a sus hombres, cuyos cuerpos apenas palpitan como palpitan las carnes de una serpiente hecha pedazos.

Los soberbios palacios de los príncipes y los sedosos lechos de los condes opulentos, despedazaron las carnes de sus amos y las puertas silenciosas de las nobles moradas abrieron sus alas y guardaron con generoso recogimiento los cuerpos ateridos, débiles y vacilantes del esclavo de ayer.

Por la primera vez en veinte siglos, la justicia abre sus ojos y los rayos que de sus pupilas brotaron hicieron es-

(Pasa a la 7a. pág.)